

# *La fiesta vigilada* de Antonio José Ponte

Una vez más Anagrama nos sorprende (o nos engaña) con un ensayo en formato novelístico. Ponte hace uso de su sutileza para enmarcar Cuba en su experiencia y en su vida. El desarrollo subjetivo de la obra facilita crear un diálogo entre el lector y el autor, bien para generar un halago por su medida o bien para sentir la necesidad de intervenir ante las sucesivas imágenes que desarrolla y que rompen con la idea primaria que podemos tener de la Cuba de Castro. «Esta isla es un paraíso. Cuba. Si me pierdo, que me busquen en Andalucía o en Cuba» o «No olvidéis que en América ser poeta es algo más que ser príncipe», decía García Lorca durante en una carta a sus padres acerca de sus estancia en cuba en 1930. Cuba no es para el autor

*"Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la Isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie".*

ningún palacio. Quizás lo fue, pero hoy es una ruina de la que se hace museo y réplicas a escala.

Ponte hace un buen uso de la escritura, juega con los párrafos como también lo hace con la psicología del lector. Terminamos del revés. Es un juego constante de pausas, de evasiones de puntos y coma que suponen el prelude de una verdad seca y fría. Es un constante movimiento de figuras represivas, bien reales o bien exageradas por parte de un escritor que, más que narrar, expresa queja.

Nuestro autor es un iceberg en mitad del Caribe. Fuera de todo lo folklórico, de lo pintoresco, de las neutralizaciones de líquidas y los gritos cubanos, Antonio José Ponte, nuestro hombre en Cuba, describe una realidad ligada a ese mito y que dista mucho del placer y del confort que la Revolución buscaba fuera de la dictadura de Batista.

Un paseo por el arte, por la arquitectura, - que no podía pasar desapercibida por el autor-, desmontan la maqueta real: destruida, estancada como una momia, vigilada, sin pretensión al desarrollo. Es la Cuba de Castro y sus allegados, al menos su Cuba personal.

Y así, en un tira y afloja, brutales y dañinas críticas a la Revolución sin caer en la feroz crítica como lo haría aquel escritor colombiano, pero sin asumir ninguno de los avances sociales y culturales de la Cuba revolucionaria, desarrolla Ponte su obra.

Tiene tintes de crítica pero también de venganza. Se siente fuera. Está excluido, en un exilio propio, interior. No busca la comprensión, ni la condescendencia. Quiere que la verdad que le rodea sea conocida. La literatura, según

nuestro autor, está del lado del sol de La Habana, a favor del sol que más calienta. Pero es que la literatura tiene poder y se junta con él.

Ponte es un "revolucionario" indignado con la Revolución y con la literatura que le ha ofrecido un lugar de prestigio.

Se puede hacer una analogía con el cuento de Senel Paz, no siente la represión por la orientación sexual, pero sí como ciudadano de una población en detrimento a causa de un poder egoísta y como escritor porque no cumple las reglas de una literatura en pro de la Revolución castrista.

Si bien no debemos obviar las contradicciones propias de todo proceso revolucionario, no debemos caer ni ahondar en las críticas radicales a un proceso que pretendió, e incluso en ciertos momentos de pobreza y



necesidad, consiguió mejorar las condiciones de vida del pueblo cubano. Pese al testimonio de Ponte, debemos leer el libro con la mente abierta y la capacidad de discernir las posibilidades que la literatura tiene para juzgar y

atacar. Ser capaces de ver el libro como un retrato más de una compleja situación política, económica y social nos permitirá ampliar nuestros horizontes a la hora de hacer una inmersión total en esta fiesta.

## COMENTARIO CRÍTICO-CREATIVO

Hace unas semanas viajé a Marsella para visitar a una amiga que está en el hospital haciendo unas prácticas de farmacia. Ella trabajaba aquella tarde. Era febrero. Hacía bastante calor y el mar estaba como una balsa de aceite; apetecía, incluso, un chapuzón. No me sentí tan valiente pero sí metí los pies en el agua y paseé durante largo tiempo pensando en los libros que tenía pendientes para el curso, el follón que se nos viene encima en el último año, que si másteres, expediente, nuevos lugares... El destino, en definitiva.

Quién le diría a Antoine de Saint- Exupéry que su vida acabaría en este mar que hoy parece una piscina, tan inofensivo, tan difícil de creer que pudiera hacer daño a alguien. De repente ese “alguien” se convirtió en miles de personas que pierden su vida en este mar huyendo de su país. El pensamiento de esa terrible realidad se detuvo porque pisé algo que llamó mi atención.

Había andado tanto que me había metido en una zona pedregosa y allí, entre piedras, había una tablita. La cogí con cierto pudor. El tacto daba asco. No era una tabla, era una carpeta de piel, pero no podía abrirse; las solapas estaban cosidas. Eran puntadas torpes, como si lo hubiese hecho alguien que no supiera coser pero que sí o sí tenía que hacerlo él para que no interviniera nadie en tan extraña tarea.

Volví al piso de mi amiga Belén. Antes de abrir la puerta ya estaba hablándome de su día, de sus compañeras... Yo no dije nada. La miré, subí mi ceja y le enseñé “la porquería” que llevaba entre mis manos como ella refirió. Ahora fue ella la que no dijo nada.

Nos sentamos en la mesa, - por suerte no estaba ninguna de sus compañeras de piso-, e hicimos un exhaustivo análisis de aquella cartera mal cosida. Belén fue a su dormitorio y volvió con una cajita de metal de Nestlé. No entendí por qué mi amiga quería comer bombones en ese momento, pero me

sorprendió cuando sacó una tijera. Cortó el hilo por un extremo y tiró fuerte de él.

Allí estaba, el carboncillo intacto...

*Il avait passé trop temps mais je pensais quelque fois en le petit prince et ses histoires, en sa rose... Personne [...]*

[...] Nadie creería qué viví durante las semanas de mi avería en aquel desierto, mi contacto con aquel ser, con aquel extraño niño que tantas cosas me contó y tantas cosas me hizo aprender en su anecdotario en planetas desconocidos para mí ¿Qué sería de aquel zorro?, ¿qué sería de su presumida flor?, ¿y del rey?, ¿y del geógrafo?

Pienso también en aquella persona grande que tanto quería parecerse al rey pero, a diferencia de este, si él mandaba a un general convertirse en ave marina y el general no lo hacía, esta persona grande lo entendía como un error para sus propósitos.

El año pasado la gente conoció al principito y sus historias. Esta no la escribí nunca. ¿Sería una especie de vidente aquel extraño muchacho? Estamos viviendo un tiempo difícil para Europa. Muchos líderes de hoy en día me recuerdan a aquella persona grande de la que el principito me hablaba...

En el séptimo planeta, en la Tierra, visitó a una persona grande. Era un simple estudiante que quería estudiar en Europa o EE.UU. El principito hablaba de él como una persona grande que podría haber hecho mucho bien pero que olvidó ser responsable como el zorro le dijo. El principito se comparaba con la persona grande. Si él podía ser responsable de lo que había creado por qué aquella persona no lo llegaba a ser.

- ¿A qué te dedicas?- le preguntó el principito con curiosidad
- Estudio Derecho, chico- le dijo la persona grande.
- ¿Qué es “derecho”?

- ¿Pero qué clase de pregunta es esa? –preguntó sorprendido-. El derecho es esencial para entender las relaciones entre el pueblo y el Estado que nos oprime.
- ¿Y tú que tienes que ver en todo eso?- el principito continuaba.
- Yo tengo que luchar para que todo sea del pueblo y para el pueblo y para ello hay que acabar con el personalismo que controla este país de prostitutas y casas ruinosas.  
Yo haría un estado libre, ajeno a este capitalismo que nos mata. Hay que buscar un estado de derecho e igualitario para todos. Y si para ello hace falta una Revolución se hará. Tú me entiendes, ¿no, chico?
- Yo solo sé que tú eres una persona grande pero no entiendo el concepto de Revolución...
- ¡Es que para entenderlo hay que creer en ella! Quien no sea capaz de luchar por otros, no será nunca suficientemente capaz de luchar por sí mismo.

El principito pasó toda la tarde sentado en una azotea mirando aquel pintoresco y degradado lugar. Se sentía cómodo pero a la vez sentía como si una cúpula, como la que él le ponía a su rosa para que el cordero no se la comiera, estuviera cubriéndolo. Limitado, vigilado. Quizás era esa cúpula la que aquella persona grande quería quitar y en eso consistía aquella palabra tan grande que aquel joven dijo. Pero, ¿no tendría miedo de que algún cordero se comiera aquella ciudad? Es una persona grande pero puede distraerse. Puede no llegar a entender la responsabilidad sobre lo creado o ignorar la culpa. Las personas grandes son como las lámparas; un golpe de viento puede apagarlas...

*Antes de la revolución*

Así concluía lo que parecía un capítulo inédito del Principito. Nuestras caras de desconocimiento, de asombro, de miedo por lo que teníamos en nuestras manos... ¿Qué íbamos a hacer con ese manuscrito? ¡Estaba hasta firmado! No había duda que era del autor de aquel cuento que tantas veces hemos leído y de tan diferentes formas...

Era marzo y estaba leyéndome *La fiesta vigilada* de Ponte. Un autor cubano que escribe ensayos a modo de novela desde su experiencia como escritor en aquella ciudad inmortal pero decrepita como lo es La Habana, -al menos así la describe él-. Yo nunca he estado allí. Las frías críticas que se sucedían en contra del régimen castrista, las referencias al pre y el post Revolución...

“REVOLUCIÓN”. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me acordé de lo que había encontrado en la costa de Marsella hacía un mes escaso. Lo tenía a buen recaudo. Fui a por él y lo leí con atención – no olvidemos que está en francés-. Tomé el ordenador e hice las siguientes búsquedas:

“Revolución Cubana”, “Fidel Castro”, “Antoine de Saint-Exupéry”, “El Principito”.

Para mayor horror, ¡la relación temporal era imposible! Hay más de diez años de diferencia desde la muerte del autor de *El Principito* hasta la Revolución Cubana. ¿Qué clase de relación pudo haber?

Cuba estaba en manos de la dictadura de Batista y Castro promueve la Revolución porque hay que acabar con el estado de represión como hablaba con el principito... Castro se convierte en responsable de lo que está creando, pero al igual que el principito, abandona su planeta. Nadie le pudo decir cuál era su real deber... Se apagó con un golpe de aire y no hubo manera de que un farolero encendiera de nuevo a aquella persona grande. Quitó la cúpula y la ciudad se quedó a la intemperie. ¿Quién sabe si sí o si no un cordero se ha comido la Libertad?

Ponte parece tener la respuesta, o al menos así lo estoy leyendo. Castro avanzó y se olvidó de la ciudad, de las artes, de la fiesta, sólo se acordaba de ellas para dibujarles un bozal. Las prostitutas ahora eran taxistas, otras serían estudiantes, ¿no?, - al menos así lo consideró el comandante en una entrevista.- No sé. No sé si todo es malo en Cuba, si La Habana es Fidel y sus paredes tienen ojos que son las grietas del inminente advenimiento al suelo que presenta la ciudad.

Todo está en el suelo para nuestro autor. El avance por todos los aspectos culturales, la comparativa política de Cuba con otros países de la mano de la

sutileza, como no podría ser de otra manera, hacen de este ensayo una visión férrea y distinta del paraíso. Cuba no es más que un despojo de la Guerra Fría. Una quimera insalvable que se cree a sí misma. Una nueva y podrida forma de vivir que no beneficia a quien está en contra de la Revolución porque no la entiende o porque no cree en ella, o quizás una cosa lleve a la otra. El caso es que para no poder vivir, esta obra le ha generado al autor un increíble beneficio y éxito, y todo en nombre de La Habana.

“REVOLUCIÓN”, al fin y al cabo. Para todos; para los que la lucharon, para los que la quisieron, para los que la sufrieron y para los que la aprovecharon. Ese es el resumen, el fin de todo en Cuba. El fin de todo en el lejano planeta del principito. Cambiar el mundo para el beneficio de muchos y a provechar el cambio para el beneficio de unos pocos son, al fin y al cabo, dos caras de la misma moneda. El principito, Ponte, Castro, ejes de una figura geométrica todavía por definir, todavía por explotar, todavía por crear, pero siempre sin terminar.

Soledad López Gómez  
Elena Lacasa Muñoz  
Antonio Martín Rubio